

Alfredo Salibián

por Lucrecia Ferrari



Es para mí un placer escribir esta semblanza de Alfredo Salibián, a quien respeto profundamente como Investigador y como ser humano y que tanta influencia tuvo en mi formación profesional. Es mi intención reflejar en ésta a su persona más que al científico y también al amigo.

El 6 de septiembre de 1984 un grupo de tres becarios de CONICET fuimos a entrevistarnos con el Dr. Salibián en busca de un director y un lugar de trabajo que nos albergara, ya que nuestro instituto de origen se había disuelto y para colmo de males nuestro director había muerto. Nuestro primer contacto con Alfredo fue a través de nuestra amiga y colega Carolina Loez que había iniciado muy poco antes su vinculación con él. Personalmente y si me remito a aquellos tiempos, mi objetivo principal era resolver mi continuidad dentro del sistema científico y poder finalizar mi plan de beca. Entre las opciones que manejábamos la Universidad Nacional de Luján (UNLu) y el Dr. Salibián estaban entre las mejores, pero sinceramente yo desconocía por completo su trayectoria, el funcionamiento del sistema universitario y las implicancias de una relación diaria director-dirigido. Es así como, prácticamente a ciegas, ingresé a la UNLu bajo el paraguas protector del que en aquel entonces era el Secretario de Ciencias y Técnica de una Universidad

renacida y llena de esperanzas.

Desde aquella tarde transcurrieron treinta años y lo que más recuerdo es a Alfredo con su guardapolvo azul dirigiéndose con nosotros a su laboratorio por los pasillos de la UNLu y su primer comentario sarcástico (a modo de disculpa) en referencia a la situación edilicia precaria: “esta universidad es un sistema adiabático perfecto: en invierno conserva el frío y en verano el calor”.... y tenía razón.

Alfredo creó el primer grupo de investigación en ecotoxicología de la UNLu y también regional, que en los 90´cristalizó en el Programa de Ecofisiología Aplicada (PRODEA), cuya dirección me delegó hace más de diez años. Antes del PRODEA ya había recorrido un camino académico muy intenso ensamblando intereses científicos y sociales. Su compromiso con el proyecto inicial de la UNLu durante sus primeros años da cuenta de ello, así como las conse-

cuencias profesionales que afrontó luego de su cierre por la dictadura militar, y esa no era la primera vez... No bajó los brazos, ni sacrificó principios.

En estos 30 años de relación hemos sido dirigida-director, nos hemos enojado mutuamente y amigado en varias oportunidades, compartimos pesares, desazones y reveces profesionales o institucionales, pero logramos construir un grupo de investigación sólido en el que se formaron parcial o totalmente un importante número de científicos bajo su dirección. Más allá de los méritos académicos (que son muchos) rescato algo que todos los que alguna vez transitaron por el laboratorio expresan como muy valioso: un clima armonioso de trabajo en el que todos aprendimos a colaborar y ayudarnos en forma empática, sin competencias ni recelos. A nosotros nos resulta impensable trabajar de otro modo y es con nuestro director con quien lo hemos aprendido.

Alfredo, hace ya años Profesor Emérito, nos da el gusto de continuar trabajando con nosotros y de seguir siendo nuestro referente para discutir los datos, los ensayos, los papers. Sus opiniones son temidas pero esperadas por todos. Su pregunta ineludible a la hora de discutir resultados, mate en mano: “¿y cuál es la verdad?” nos ha sacudido siem-

pre y ha sido el alerta inicial para la mirada crítica propia, tan importante para la formación del científico. Yo la he hecho mía. Recibir los manuscritos corregidos por Alfredo, como una suerte de colgajos y collage de colores y flechas con comentarios en una inconfundible y clara caligrafía alfrediana, y el inevitable agregado de referencias oportunas, fueron siempre una prueba de fuego para quien quisiera formarse con él. Su perseverancia en las re-correcciones del material escrito es loable.

Siempre asombra su capacidad de trabajo, su constancia, su tenacidad y su mente siempre atenta a nuevas ideas y proyectos.

Un párrafo aparte requiere su dedicación a las actividades académicas de grado y postgrado, en las que también varios hemos sido sus discípulos. Después de tantos años de docencia sus clases siempre tienen contenidos actualizados, no descuida detalles, incluye sugerencias y aporta perspectivas.

En resumen, trabajar con Alfredo es un placer y un privilegio que no todo el mundo ha tenido la posibilidad de experimentar. De la manera más eficiente: con su ejemplo, nos enseñó no solo sobre la rigurosidad del trabajo experimental sino también la gratificante pero difícil tarea de la formación de Recursos Humanos, que es una de las actividades más importantes que desarrollamos en nuestro laboratorio y es así como hoy se puede decir que está lleno de “hijos” y de “nietos” científicos.